



NUESTRO PADRE SANTO DOMINGO DE GUZMAN, FUNDADOR DE LA ORDEN DE PREDICADORES, DE LA MILICIA DE JESUCRISTO Y DEL SANTISIMO ROSARIO.

Por Fray Paulino Alvarez OP

24 Junio 1170. ✠ 6 Agosto 1221.

En el año del Señor de 1170, el día 24 de Junio, consagrado al Santo Precursor del Señor, en la villa de Caleruega, cuna de la más esclarecida nobleza española, provincia de Burgos, diócesis de Osma, nació el llamado por la Santa Madre Iglesia Lumbrera del mundo cristiano, Doctor de la verdad, Predicador de la gracia, Clarín del Evangelio, Antorcha de Cristo, segundo Precursor y gran salvador de almas, Nuestro Padre Santo Domingo de Guzmán.

Fueron sus padres D. Félix de Guzmán y D.^a Juana de Aza, emparentados, así en la ascendencia como en la descendencia de sus familias, con los reyes de Castilla, de Francia, de Austria y de otras naciones. Eran los Guzmanes de la primera nobleza, cortesanos de los reyes, con los cuales firmaban sus Cartas Reales, y de algunos de ellos, tutores. Eran los Azas no menos ilustres por su sangre y por sus servicios al Rey y a la patria; hija, doña Juana, de D. Garci Garcés de Aza, nieta del Conde del mismo nombre, ayó del Infante D. Sancho, con quien murió en la batalla de Uclés; y biznieta de la Infanta doña Eloísa de Castilla, hermana de los reyes D. Sancho II, D. Alfonso VI, D. García y doña Urraca. Si insignes por la sangre, no lo eran menos por la santidad don Félix y doña Juana (*sanctus uterque parens*). Doña Juana la veneramos en los altares; don Félix lo consideramos en el cielo y acá le llamamos Venerable.

San Antonino de Florencia y el Beato Francisco de Posadas creen que Nuestro Padre nació santo, como San Juan Bautista. ¿En qué documentos se apoyan para creer esto? No necesita Dios papeles para saber y revelar a quien le place las prerrogativas de sus elegidos. Un jesuíta, el conocido P. Luis de la Puente, autor de *Meditaciones* y otros tratados espirituales, en la vida de la Venerable D.^a Marina de Escobar, famosa en España por los siglos XVI y XVII. dice que el santo tenía virtudes heróicas a la edad de dos años, como lo dijo el mismo Señor un día y Nuestra Señora otro día a la nombrada doña Marina. Los dos le presentaron al santísimo niño, de edad de dos años, vestido de dominico, hermosísimo en cuerpo y más hermoso todavía en alma. Tales virtudes heróicas no pudo adquirirlas con actos propios, sino teniendo uso de razón y amando al Señor con anterioridad a esa edad.

Que el santo sería un sér peregrino en la historia de la iglesia lo significan los presagios notados luego de haber nacido. Una estrella se le fija en la frente; en la boca forman las abejas panal de miel; el sacerdote desde el altar, sin darse cuenta, le llama tres veces «Reparador de la Iglesia»; la madre, antes que naciera, le ve en forma de hermoso y noble mastín, blanco y negro, con una antorcha en la boca, los pies delanteros sobre un globo, al cual alumbraba; y Santo Domingo de Silos, bajado del cielo, le explica a esa venturosa madre lo que aquel mastín, aquella antorcha, aquel globo significaban, y la felicita por ser madre de quien sería antorcha de Cristo, luz del mundo, debelador de herejes, señor espiritual del orbe cristiano.

A la edad de siete años le mandan sus padres al cercano pueblo de Gumiel de Izán y le ponen al cuidado de un venerable sacerdote, tío suyo, hermano de la madre, que conservando el candor angélico de su alma y la piedad mamada en el corazón de la santa madre, le habituase al culto del Señor en el templo y le enseñase lo que debía saber quien en vez de seguir la carrera de las armas, se proponía seguir la de los sabios y de los santos. A los catorce años le llevan a Palencia, donde había Estudio General en que se enseñaba cuanto un sacerdote podía desear de ciencias humanas y divinas, y cual necesitaria él para combatir

a los herejes y levantar cátedra en Roma, en el Palacio de los Papas, explicando el Evangelio de San Mateo y las Epístolas de S. Pablo. Allí, en Palencia, es entre los estudiantes el ángel por la pureza de su corazón y por la penetración y comprensión de

su inteligencia. Viendo en cierta ocasión los efectos del hambre en los pobres, a causa de una larga sequía, vende cuanto tiene, hasta los pergaminos o libros donde estudiaba, diciendo: «No quiero pieles muertas cuando veo perecer las vivas». Y como cierto día encontrase a una mujer llorando, porque un hermano suyo era cautivo de moros, no teniendo más dinero con qué redimirlo, se ofreció a sí mismo en sustitución y rescate del infeliz cautivo.

Hasta la edad de treinta años aproximadamente estuvo en Palencia, y no pudiendo ser que desde los catorce hasta esa edad durase su carrera de estudiante, creen algunos, o que pasó de estudiante a



Santa Juana presenta el niño Domingo a su tío el Arcipreste para que lo eduque.

profesor de aquella ciudad, o bien que, después de ordenado, se dedicó al ministerio de la predicación por tierras de Castilla, cumpliendo desde entonces los pronósticos observados en su nacimiento. No fué entonces monje Premonstratense en el monasterio de La Vid en la diócesis de Osma, como alguno ha dicho por ver en la lista de abades de aquel monasterio uno llamado Domingo de Guzmán. Tío era del santo aquel abad y no el mismo santo, como se manifiesta en el árbol genealógico de los Guzmanes y como lo entenderá fácilmente quien advierta que no es edad apropiada para ser prelado de un grave monasterio la de un joven menor de treinta años.

Lo sí cierto es que el Obispo de Osma, D. Diego de Acebes, natural de la diócesis de Palencia, de grande reputación en la corte de Castilla y adornado de virtudes propias de santo, queriendo dar vida canónica regular según la Regla de San Agustín al Cabildo catedral de su obispado, llevó a Santo Domingo para que fuese como el modelo vivo de aquella vida canonical religiosa. Tres años a lo sumo pasó en los claustros de la catedral de Osma, suficientes para habituarse a la vida de comunidad y al canto solemne del oficio divino, que tan grato fué a su corazón; pues cuando rayaba en los treinta y tres de su edad, o sea hacia el año tres del siglo trece, le tomó el Señor de la mano para llevarlo al campo de batalla, donde se haría admirar y celebrar su gran santidad, su ardiente amor a la Iglesia de Dios, su celo en la predicación contra los herejes, su tierna compasión de los pecadores y su amorosa devoción a la Madre de Dios. Al avariento que se viese en campo sembrado de oro no se le encendería tanto la sed de la riqueza como al Santo se le encendieron las ansias de defender a Jesucristo escarnecido, reparar las iglesias destruidas o profanadas, proteger al clero perseguido, a la viuda oprimida, al huérfano de padres católicos desamparado, volver a Dios a tantos miles de almas por obra de herejes descarriadas. Sólo Dios sabe cuánto trabajó, oró, lloró, predicó, batalló en aquella región de Francia durante años y años. O pasaba las noches orando, o si dormía era por breves momentos en el duro y frío suelo, sin dejar de darse cada noche largas sangrientas disciplinas. Caminando a pie descalzo por pedregosos caminos o espinosos campos, salía por las mañanas el obrero evangélico, el heraldo de Dios, en busca de almas cristianas y más de hombres imbuídos en los crasísimos errores del maniqueísmo. Si éstos le desafiaban a conferencias públicas, aceptaba él la lucha, confiando en el triunfo de Dios, o bien se adelantaba él mismo a desafiarlos porque el pueblo viera que no los temía. Confundidos una y otra vez y sonrojados ante el pueblo, resuelven matarle en una emboscada y se lo advierten; mas lejos él de temer tales amenazas, les ruega que llegado el caso no le maten de un tajo, sino que en partes pequeñas vayan cortando

su cuerpo. Narbona, Mompeller, Albi, Carcasona, toda la región tolosana estaba, o regada de sus lágrimas y sangre, o estremecida con el estupor de sus milagros.

El asesinato del Delegado del Papa, Pedro Castelnau, por mano de los herejes, acabó de enardecer los ánimos de los católicos contra la maldad albigense y moverlos a empuñar las armas para acabar de una vez con herejes y herejías Redoblóse también el santo celo del apóstol español, a quien el papa Inocencio III encomendó el santo oficio de inquisidor de la fe, es decir, investigador de la maldad herética, custodio de la doctrina sagrada y juez de los delitos contra la Santa Madre Iglesia. Así, predicando un día en Prulla delante de grandísima multitud de gente, publicó este nuevo oficio, apercibiendo que había de defender la causa de la fe con todas sus fuerzas en nombre del Vicario de Cristo; y que cuando estas armas, que eran espirituales, no bastasen, se valdría de las temporales, que eran las espadas de sus militares.

Aquél fué el principio de la Santa Inquisición que la Santa Sede encomendó a la Orden de Predicadores, cuyos Maestros Generales fueron los Generales Inquisidores desde Roma en el mundo entero, hasta que a fines del siglo XVI el Papa que organizó las Congregaciones Romanas hizo del Santo Oficio una especial Congregación, cuyo Prefecto, de no ser el General de los dominicos, quiso ser y sigue siendo el mismo Sumo Pontífice. Por donde se puede ver (contra los impíos que aborrecen la Inquisición, como aborrecen los delincuentes a los jueces justicieros) cuán alta sea la excelencia de este tribunal, llamado por lo mismo el Santo Oficio, y cuán necesaria su existencia en la Iglesia de Dios para librarla de doctrinas disolventes, inmorales, condenadoras de almas y perturbadoras de la paz pública. Mansa, dulce y misericordiosa como madre debe ser y es la Iglesia de Cristo, pero no más que el mismo Cristo, quien, si compadecía a los extraviados y perdonaba a los arrepentidos, en cambio a los sacrílegos y profanadores de la casa de Dios, no sólo con amenazas, sino con el látigo, los arrojó del templo, y arrojó y arrojará al abismo a cuantos se mofen de su misericordia.

No puede hablar mal del tribunal de la fe quien para conservación de la sociedad y para que reine la justicia y el orden en los pueblos quiere que haya ejércitos bien armados y policía y tribunales y ejecutores de la justicia que ahuyenten a ladrones, malhechores, perturbadores del orden. No puede quejarse de que nombrara la Iglesia inquisidor, vigilante suyo, a Santo Domingo, quien si tiene hacienda pone vigilantes que la guarden, y a los que la robaren lleva, para ser castigados, a los tribunales. Que si una moneda, o una oveja, o un árbol valen algo y merecen vigilancia, algo y mucho e infinitamente más vale un alma y la sangre de Cristo y la majestad de Dios, contra quien se levantan los herejes. Mientras los impíos y ciertos píos complacientes con la herejía, detestan al ministro del Santo Oficio, la Santa Madre Iglesia ensalza a quien sigue el ejemplo de Santo Domingo (1) y decreta los honores de los altares en la tierra, y Dios en el cielo confiere las coronas de la gloria a los inquisidores Pedro de Verona, Raimundo de Peñafort, Pedro Arbués, Toribio de Mogrobejo y muchos otros más. Una injusta compasión del criminal a quien se le castiga por hereje, equivale a un deseo implícito del mal de todo un pueblo en peligro de ser infectado por la herejía, con todo el séquito de desórdenes, discordias e inmoralidades consiguientes a la falta de fe y a lucha de contrarias enseñanzas, cual se ha visto en España desde que no hay cárceles para los renegados y dogmatizantes de la impiedad.

La muerte traidora y violenta del Legado Pontificio Pedro Castelnau llenó de ira al Pontífice Inocencio III, y para castigar a los asesinos con sus fautores y reprimir las audacias de todos, dió orden de que se levantase una armada de hombres valerosos y celosos de la fe católica, los cuales defendieran con la espada lo que Santo Domingo y sus compañeros predicaban con la palabra. Sintió entonces el Santo que su sangre era de guerreros contra moros, y creó un instituto armado que llamó Milicia de

(1) *Is enim praeclarus Ordinis Praedicatorum alumnus, imitatione accensus Beati Patris Dominici, ut ille, perputuis, et concionibus, et disputationum congressibus, Officioque Inquisitionis, quod ei primum praedecessores nostri Innocentius III et Honorius III commiserunt, contra haereticos mirabiliter se gessit.* (Sixto V, hablando del inquisidor San Pedro Mártir.)

Jesucristo, al cual infundió su propio espíritu de fe y amor a la Iglesia de Dios y le puso en condiciones de trabar lucha con las tropas heréticas, bajo la dirección del gran cristiano, valiente guerrero y noble caballero el Conde Simón de Montfort. Les dió propio uniforme, túnica blanca ceñida con correa y manto negro, y para conseguir del Señor de los ejércitos valor y victorias les impuso ciertos rezos de padrenuestros compatibles con la vida de soldados. Los Sumos Pontífices colmaron de alabanzas y gracias esta sagrada Milicia, a la cual, para ayudarla con oraciones y penitencias se agregaban las esposas, hijas, hermanas, viudas de tales cruzados, formando la que después fué llamada Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo.

Era por el año 1213 cuando las tropas del conde de Tolosa, hereje y amparador de herejes, reforzadas por numerosas tropas aragonesas, que capitaneaba su atolondrado rey D. Pedro, se presentaron en los campos de Muret, ansiosas y seguras de derrotar y deshacer la Milicia de Jesucristo, el pequeño ejército de cruzados levantado por Santo Domingo. Estaba el Santo con varios obispos, monjes y sacerdotes dentro de la ciudad pidiendo al Señor la confusión de sus enemigos a la vista de toda Francia y de Europa. Un obispo celebró misa, y en ella comulgaron los Militares dominicanos con su capitán el conde de Montfort. Oída la misa y poniendo éste sus armas a los pies del obispo, postrado en tierra dijo: «Yo consagro mi sangre y mi vida en este momento en servicio de Dios y de la santa fe católica». Le dijeron que pasara revista a las tropas para saber con cuántos contaba, a que se negó diciendo que no esperaba de ellas sino de Dios la victoria. Hizo que se retirasen los obispos a la fortaleza, dejándoles para su defensa mil infantes de que disponía, y él con ochocientos jinetes, recibida solemnemente la bendición del Obispo de Tolosa, que se la dió vestido de pontifical, salió arrogante en busca del enemigo, puesto su corazón en Dios y en Nuestra Señora. Al verle salir con aquel puñado de hombres y marchar flechado al encuentro del adversario, que contaba sus soldados por muchas decenas de miles, salió Santo Domingo a la muralla con un santo Cristo, que aun hoy se conserva en la iglesia de

San Sernín de Tolosa, ya para alentar a sus queridos cruzados con el poder de la Cruz, ya para clamar al Señor cuando llegara el fragor del combate, pidiéndole que saliera en su propia defensa. Cual si fueran leones, con las fauces abiertas y en punta las greñas, que acometieran a un rebaño de ovejas, así Montfort arremetió por entre los enemigos en busca del rey don Pedro, a quien de un tajo cortó la cabeza. Mientras tanto los jinetes de la Milicia dominicana avanzaban hacia aquel gran ejército que huía, cuando vió rodar la cabeza de su rey, y era perseguido, alcanzado, alanceado, destrozado por la vanguardia de los militares católicos.

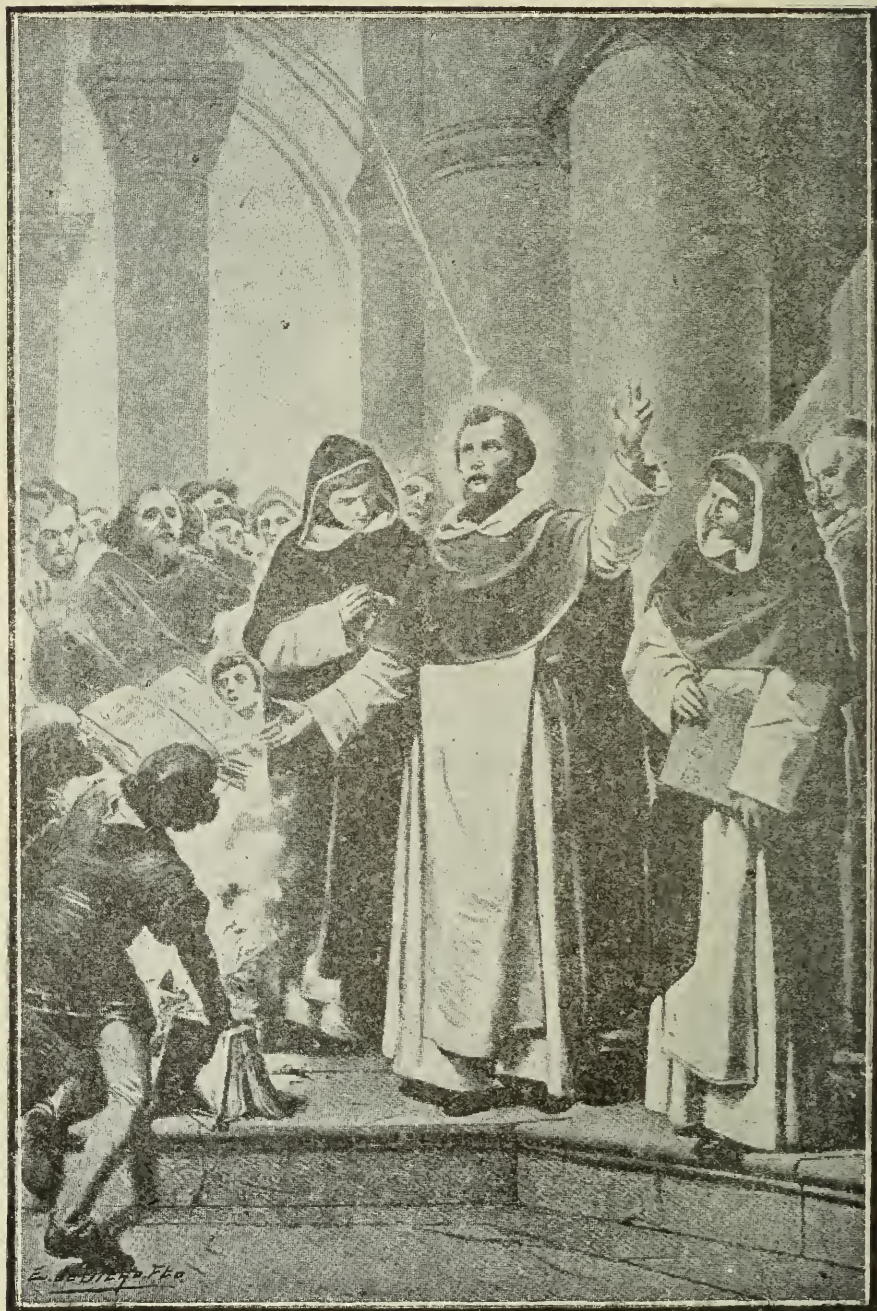
Apóstol, inquisidor de la fe, fundador de una aguerrida Milicia, Santo Domingo no se daba por satisfecho, porque no veía tantas conversiones de herejes y pecadores como era su deseo. Lloraba, oraba, se maceraba sin ver el fruto de tan tiernas plegarias. Hijo amantísimo de la Madre de Dios, en ella puso y a ella fió los deseos de su alma. Se retiró un día a una gruta del monte Bouconne, y allí ayunando e interpellando a la Santísima Virgen con lágrimas amorosas, le suplicaba que viniera en su ayuda y volviera de carne aquellos corazones que no eran sino de roca y hielo. Eso esperaba la Madre de Jesús y de las almas para hacer una manifestación de su amor que llenase el mundo y los siglos de las gracias de la redención. La amorosa Madre se le aparece entre santas hermosísimas, pero más hermosa ella que todas las hermosas, con cara más risueña y cariñosa que todas las sonrisas y cariños, y le dice que el mundo pecador no sería restaurado sino por los mismos caminos por donde fué redimido. El *Ave María* anunciando la Encarnación del Hijo de Dios fué asimismo el primer anuncio de la salvación de las almas. En pos de esa palabra bajó Dios al seno de María para pasar de allí a las almas que devotamente repitieran ese celestial saludo. Que el mundo repita, pues, una y cien veces esas palabras redentoras pensando a la vez en los pasos y misterios de amor del Salvador en su vida, pasión y muerte; que el mundo ore y medite, y la vida divina, que es la vida eterna, vendrá sobre él, sobre los herejes para desengañarlos, sobre los pecadores para convertir-

los, sobre los justos para santificarlos, sobre el pueblo de Dios que crezca en la fe y en todas las virtudes. «Predica esto, dice la Virgen al Santo, y verás pronto sus frutos».

Así lo hizo el Santo, y así vió cumplidas las promesas de la Santísima Virgen en bien del mundo universo, entonces, después, ahora, como se verá hasta el fin de los siglos, si hasta entonces el pueblo cristiano ora y medita según se hace en el santo Rosario.

Entretanto, el apóstol, el inquisidor, el santo fundador de la Milicia de Jesucristo y primer predicador del Rosario, armado con tales armas y levantado a tales alturas, dispone del poder de Dios para obrar prodigios en confirmación de su doctrina y en gloria de Nuestro Señor. Ya libre de ser quemado un escrito suyo en defensa de la virginal Madre de Jesús, que en presencia de los herejes y en cumplimiento de un desafío había arrojado a las llamas mientras veía arder como hoja seca el escrito compuesto por ellos en contra de la Virgen María.—Ya saca de entre las olas a cuarenta peregrinos ingleses que se ahogaban en el río Ariege, junto a Tolosa, con sólo decirles que salieran a flote y se quedasen quietos sobre las aguas, como sentados, sin hundirse, hasta que los presentes les ayudaran a tomar tierra.—Si pasando el Santo ese mismo río se le caen en él sus libros, tres días después los saca un pescador con la caña, creyendo que eran un buen pez, y sin la menor mojadura.—Ante el pueblo de Segovia, atribuladísimo por la falta de lluvia, sin poder sembrar, siendo ya fin de Diciembre, promete que lloverá aquel mismo día, y antes de terminar su sermón se cumple su palabra.—En Chatillón le presentan un niño caído del terrado y muerto. Levanta él los ojos con lágrimas al cielo, y vuelto al niño, le toma de la mano y se lo entrega a su madre vivo y sano.—Si de noche halla cerradas las puertas del convento, sin abrirlas ni tocarlas entra cual si fuera espíritu puro.—A los enfermos, con sólo imponerles la mano en el nombre del Señor, les devuelve la salud.

Hecho poderoso en obras como en palabras ante Dios y ante los pueblos, emprendió una obra que fué como ejemplo de otras muchas, que se contarían a millares, en bien del sexo débil buscado y corrompido con empeño por los impíos. Vió el Santo que



El milagro del fuego ante los herejes, en el que salió ileso el libro de Santo Domingo de Guzmán.

no pocos católicos, o bien obligados por la pobreza, o bien, siendo ricos, esperando una esmerada educación para sus hijas, las entregaban a los herejes, los cuales les imbuían sus corruptoras doctrinas y detestables obras. Para oponerse a tan grande mal, buscó como remedio fundar un convento donde esas jóvenes, y con ellas otras personas mayores, se pusieran al abrigo de la corrupción herética, y fundó en efecto el tan celebrado monasterio de Prulla, de Religiosas de clausura, nido bendito de donde salieron tantas monjas para fundar tantos monasterios. Como a hijo primogénito miró a este convento con amor especialísimo; quiso que para siempre estuviese inmediatamente sometido a la jurisdicción del General de la Orden y que para atender a las Religiosas vivieran al lado cinco Religiosos. Allí vivían consagradas a Dios las más egregias damas, hasta contarse doscientas cincuenta y otras tantas educandas, hijas de la nobleza del reino, Para evitar asaltos de malhechores, especialmente herejes, fué construído el monasterio en forma de fortaleza, con murallas y fosos, y era la Superiora, no sólo madre de la Comunidad, sino también señora en lo temporal y espiritual de todas aquellas tierras circunvecinas. Siguieron el ejemplo del Santo otros católicos con el apoyo de los Obispos, fundando varios retiros, con lo cual se vino a remediar el gran daño que hacían los herejes.

Mucho había trabajado y predicado el glorioso apóstol en gloria de Dios y bien de las almas; pero ¿en qué pararía toda su obra no bien le llegase la muerte? Así como el divino Salvador no murió ni fundó su Iglesia para solos los hebreos y contemporáneos, sino para cuantos en todos los siglos y pueblos de la tierra quisieran ser salvos, así el hijo de los Guzmanes quiso perpetuarse por todos los tiempos y vivir a la vez en todo el orbe, predicando el Evangelio a toda criatura. Al efecto atrajo a sí, como Jesús a los doce Apóstoles, a doce hombres, animados del mismo espíritu, y formó con ellos una familia religiosa apostólica, a fin de que, muerto él, quedase siempre viva su familia, y sin interrupción anunciara el reino de Dios a todos los pueblos. Eran estos discípulos del gran apóstol: Manés, hermano suyo, Miguel Fabra, Miguel Uceda, Gómez Suero, Pedró Madín, Juan de Navarra,

Domingo de Segovia, Lorenzo de Inglaterra, Pedro Celani, Mateo de París, Bertrán de Garriga, Tomás de Tolosa, a los cuales se agregaron Guillermo Claret, Esteban de Metz, Nadal, Tancredo, el lego Otón, y en pos de estos otros muchos, a cientos y a miles, que en aquel siglo y en los siguientes y hoy, hicieron y hacen oír su voz en los confines de la tierra.

Para una institución de este género, nueva en la Iglesia de Dios, porque no era simplemente monacal como las antiguas, sino monacal y apostólica, necesitaba el Santo especial aprobación de Roma; y a Roma, llevado de la Providencia, se encamina, a pedir nada más que una bula y una bendición, pero según los designios de Dios a manifestarse en el Tabor de su grandeza y de su gloria. Allí sería el gran taumaturgo, árbitro de la vida y de la muerte, gran Maestro que abriría cátedra en el mismo Palacio del Papa, Consultor de un Concilio ecuménico, sostenedor de la basílica de Letrán, fianza viva del perdón y prolongación de la existencia del mundo.

El Papa, que lo era Inocencio III, le ve, le oye, le admira; pero sus planes de renovación de los pueblos son tan grandes, tan atrevidos, tan maravillosos, que no se atreve de pronto a aceptarlos. Apela el Santo al mismo Cristo, fundador de la Iglesia y Redentor de los mundos, y entonces se encarga el Cielo de señalar al Papa, quién es Domingo y cuál sería su obra. Ve en sueños Inocencio III que la basílica de Letrán, figura de la Iglesia Católica, se inclina amenazando ruina y que el Santo español le aplica el hombro, la endereza y la sostiene. En aquellos mismos días en las calles de Roma se encuentran y se abrazan, sin antes conocerse, Domingo y un extraño mendigo llamado Francisco de Asís, que también andaba en deseos de otra bula que aprobara su familia religiosa. Jamás en la tierra se habían conocido; pero se habían visto la noche antes en el cielo, presentados como fiadores por la Santísima Virgen al divino Juez que, armado de tres lanzas, levantado con ira grande su brazo, tenía resuelto acabar con el mundo, y lo contuvo su dulce Madre diciéndole que aquellos dos siervos suyos harían que el mundo prevaricador se convirtiera. Los milagros de Domingo, el sueño de la basílica que se

derrumbaba y el rumor de aquel peregrino abrazo hicieron mella en el alma del Papa, y si bien no concedió entonces la bula deseada, dió esperanzas diciendo al Santo que volviera a Francia, reuniera a sus compañeros, adoptara una Regla de las conocidas y aprobadas por la Santa Sede, y hecho esto, volviera a Roma en espera de lo que tanto deseaba.

Vuelto a Francia para dar cumplimiento a las órdenes del Papa, reunió a sus discípulos en Prulla ante la imagen de Nuestra Señora; oraron todos pidiendo las luces del cielo para acertar en la elección de Regla y constituciones, y optaron por la Regla de San Agustín, por considerarla la más apostólica (*sub sanctis Apóstolis constituta*) y algunas Constituciones de los Premonstratenses, por ser de las más rígidas conocidas, como la abstinencia perpetua, el ayuno desde Septiembre hasta el Sábado Santo y el uso de la lana en el vestido y en la cama.

A pie, como siempre, regresó a Roma el año siguiente, que fué el de 1216, contento con la esperanza de ver su Orden confirmada, pues llevaba cumplidas las condiciones que el Papa le había exigido; mas he aquí que en el camino oyó decir que el Papa de sus esperanzas era muerto. Lamentó su pérdida por temer que el cumplimiento de sus deseos se malograra, o por lo menos se retardara; y con el alma apenada siguió su camino a la ciudad eterna, donde supo la elección del nuevo Papa, que lo era Honorio III, al cual halló ocupado en muy graves negocios referentes a Tierra Santa y en la coronación del emperador de Constantinopla y de Violante su mujer.

Mientras se desocupaba el Vicario de Cristo de sus más urgentes asuntos, el santo se dió a procurar el bien de las almas, como era su costumbre, orando de noche en las iglesias y por el día convirtiendo pecadores, alentando a los justos y obrando portentosos milagros. Seguíanle las gentes, admirábanle los Cardenales y todos acudían a él en busca de consejo y de consuelo; lo cual sabido por el Sumo Pontífice, no tardó más en confirmar su Orden, no en una sola bula, sino en dos, fechada el mismo día, que fué el 22 de Diciembre del dicho año de 1216, en una de las cuales, sumamente breve, para que pudieran los Religiosos lle-

varla consigo y presentarla a quien les pidiese cuenta de su persona y ministerio, los llama el Papa *campeones de la fe y lumberras del mundo*, y les da el título de FRAILES PREDICADORES, confirmado por los demás papas sucesivos. (Sépanlo ciertas personas).

Más que un guerrero que ha ganado batallas y conquistado reinos, volvió Santo Domingo lleno de júbilo a Francia, donde amantes y ansiosos le esperaban sus hijos, y leídas las dos bulas por las cuales se les nombraba *Predicadores* del reino de Dios en toda la tierra, después de recibir su profesión en Prulla, cuna bendita de la Orden, a los pies de la Madre de Dios, el Santo, en un momento que recordaba el de Jesús distribuyendo sus Apóstoles por todo el mundo con su propia potestad en el cielo y en tierra, arrodillados los nuevos Dominicos ante la Virgen y ante él, dándoles su propio espíritu, sabiduría, celo y fortaleza, los mandó, cual si fuera señor de los espacios y de los tiempos, por toda la haz de la tierra, a predicar el reino de Dios, «a dar testimonio de la verdad», a reconquistar para Jesucristo las gentes todas que el Padre de los cielos le había dado y el enemigo de las almas le había arrebatado. Como a la Sma. Virgen después de Dios debía él su vocación, sus gracias y la misma institución de su Orden, y a ella debía, debe y deberá siempre el pueblo cristiano el don de la fe, de la perseverancia y de la vida eterna, al despedirlos por el mundo los puso bajo el manto de tan amorosa y poderosa Madre divina, diciéndoles: «Id, hijos míos, por las naciones, y a los cristianos y a los infieles predicadles el Evangelio de la paz; que amén a Jesucristo y a María Virgen».

Fueron por de pronto enviados unos a la capital de Francia, otros a España, otros a Italia, con orden de predicar y fundar conventos y formar pronto legiones que bastaran para recorrer las tierras todas conocidas. Y las formaron, en efecto, en número y calidad admirables, cuales se vieron aparecer en Europa, en Asia y en Africa, predicando la fe y muriendo por ella, entre variados y cruelísimos tormentos. Murieron pocos años después Fr. Pablo de Hungría con más de noventa Religiosos a manos de infieles en tierra de Cumanos: unos degollados, otros asados y otros empalados. Murieron en Dalmacia, a manos de los turcos,

otros treinta y dos, echados al agua, cuya gloria por muchos tiempos quiso mostrar el Señor, pues cada año, el día de su martirio, parecían sobre el agua donde habían sido arrojados, treinta y dos hachas ardiendo con extraña luz venida del cielo. Murieron en otro convento de aquella región con el Prior otros veintiséis, empalados también por los turcos. Murieron en Sandomir con Fr. Sadoc cuarenta y ocho degollados. A Fr. Nicolás de Hungría, inquisidor, le desollaran como a San Bartolomé. A Fr. Berenguer, arzobispo de Colonia, le abrieron el costado con una lanza. Fr. Juan de Hungría fué primero apedreado y después degollado por sus mismos súbditos, cuyo inquisidor y obispo era. A Fr. Boninsegni le partieron con una sierra de la cabeza a los pies. Muertos de distintos martirios fueron por aquellos años los inquisidores Fr. Conrado de Alemania; en Aviñonet, Fr. Guillermo, Fr. Bernardo y Fr. García; San Pedro de Verona y Fr. Domingo su compañero; Fr. Ponce en Urgel, y tantos otros que las historias nombran, en diversas partes del mundo, donde predicaban la fe a los infieles, o la defendían contra los herejes y apóstatas, señaladamente los albigenses y maniqueos.

En busca de igual muerte quiso Nuestro Padre ir a tierra de los infieles Cumanos, porque sus hijos tuvieran a quien seguir dando la vida por Cristo, y para lograrlo rogó a los Padres que le aceptaran la renuncia del cargo de Maestro General de la Orden; pero disuadido de este propósito se fué a la capital del mundo cristiano, donde el Señor le quería para servicio de la Santa Sede, y utilidad de su naciente Orden. Allí en Roma fué donde entonces resucitó a tres muertos, uno que era sobrino de un cardenal, el cual había sido arrojado a tierra y arrastrado por un caballo desbocado, quedando, no sólo muerto, sino además destrozado; otro, que trabajando en el convento de San Sixto, había sido aplastado por los escombros; y otro, que era un niño, hijo único de una viuda. Había muerto este niño mientras su madre se hallaba fuera de casa oyendo predicar al Santo. Como a su vuelta viera al hijo sin vida, mandó a una criada que lo tomara en brazos y la siguiera. Fueron a San Sixto, donde el Santo se hallaba dirigiendo las obras del convento. La pobre madre pone al muer-

to a los pies del Siervo de Dios, y rompiendo en sollozos le ruega que le devuelva la vida, porque no tiene más hijos que aquél. Lloro también el Santo con la pobre madre, porque tenía él corazón más que de madre, se retira un momento, clama al Señor a solas, vuelve, le hace al muerto la señal de la cruz, y se lo entrega a su madre vivo, sano y sonriente. A la fama de estos portentos Roma se conmueve y en pocos días piden al Santo que los reciba en su Orden no menos de cien sujetos, insignes en letras y nobleza.

Valido de esta fama y de este poder de taumaturgo, quiere el papa que reúna en un solo convento todas las monjas que vivían y callejeaban en Roma. Lo logra el Santo, haciéndolas todas dominicas y, como hijas de tal santo, santas, testigos de no pocos de sus prodigios, participes de sus maravillas, y amadas como puede serlo la más cariñosa hija de la más tierna madre. A ellas hacía beber del vino milagroso que él multiplicaba; a ellas les contaba las más lisonjeras visiones con que Jesús y María le regalaban, y para ellas desde España llevaba cucharas de boj, gozándose en el gozo que sus hijas tendrían con tal regalo de su padre. Entre ellas estaba aquella Sor Cecilia que no perdía palabra ni gesto de tan dulce padre, para luego contarlos y dejarnos la descripción de su persona y los principales hechos obrados en Roma; y estaba también allí aquella monja de tan envidiable nombre, Sor Amada, que juntamente con la anterior y con la Condesa de Andaló, la boloñesa Sor Diana, unidas vivirían en Santa Inés de Bolonia, unidas se verían en el mismo sepulcro y unidas las veneramos hoy en los altares.

A la reja de su convento de San Sixto les contó el Santo Padre aquella más embelesante visión con que Jesús regaló sus ojos e hinchó de júbilos su corazón: la visión de sus hijos e hijas cobijados junto al corazón de la Virgen, debajo de su manto, en el cielo.

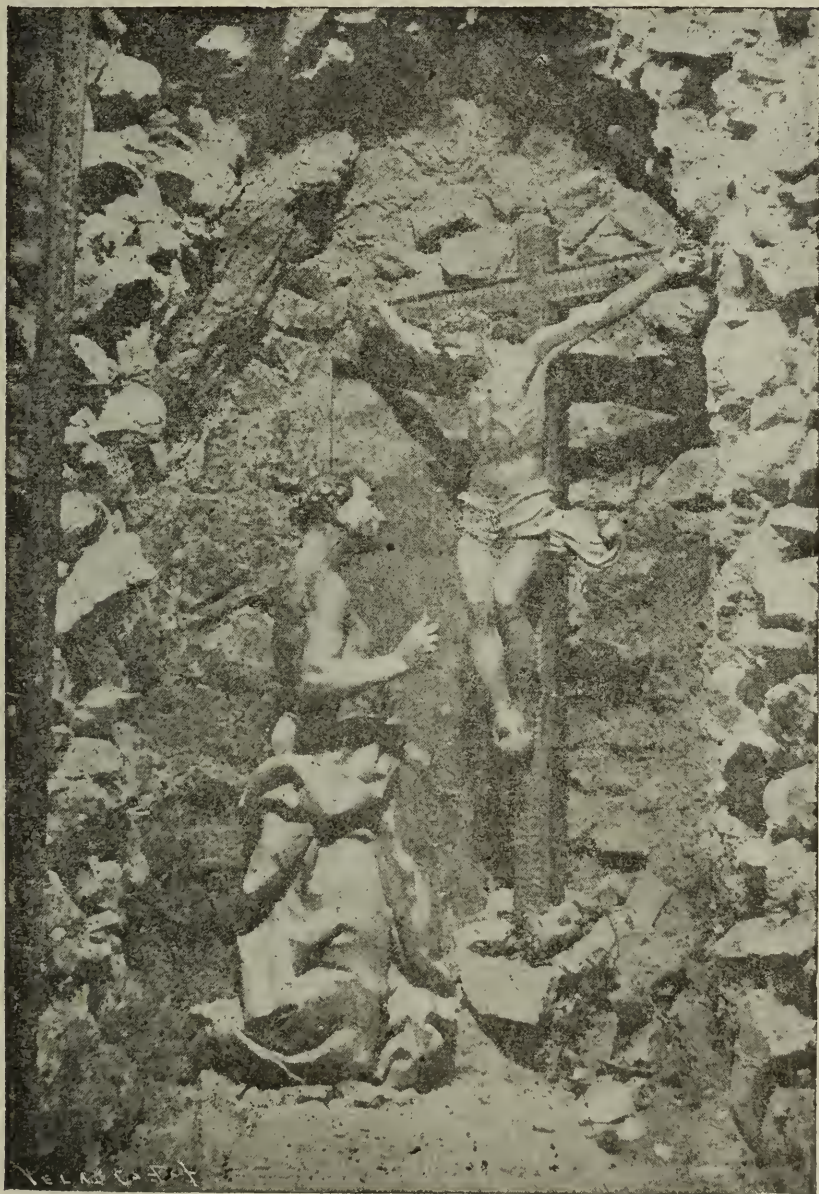
Durante el tiempo que Nuestro Padre permaneció en Roma, los forasteros que allí acudían, atraídos por su fama, iban a oírle, y ya unos, ya otros, terminaban por arrojarle a sus pies pidiéndole ser de su Orden. Tales fueron, entre otros muy esclarecidos

en letras y virtud, el Beato Reginaldo, famoso doctor de París y decano del Cabildo de Orleans, y los santos Jacinto y Ceslao de Polonia. Antes que Reginaldo entrase en la Orden quiso cumplir la promesa de visitar los Santos Lugares en compañía de su obispo, a lo cual no se opuso Santo Domingo; mas le sobrevino una muy grave fiebre, según juicio de los médicos, mortal. Lo sintió mucho el Santo y clamó a la Santísima Virgen una y muchas veces que le librase de la muerte, y lo mismo hacía el enfermo, movido del deseo de vivir y morir en la Orden. Y he aquí que entra en el aposento de Reginaldo la Sacratísima Reina del cielo entre grandes resplandores, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que se cree fueran Santa Cecilia y Santa Catalina mártir. Llegadas las tres al enfermo, la Madre de Misericordia le consoló, y dijo: «Vengo a ver lo que quieres; dímelo y te lo daré». Cortóse Reginaldo, y no sabía qué hacer o decir; mas una de aquellas santas que con la Virgen venían le dijo: «No pidas cosa alguna; déjate todo en sus manos, que muy mejor sabe ella dar que tú pedir». Siguió el enfermo este consejo y así respondió a la Virgen: «Señora, nada pido; no tengo más voluntad que la vuestra; en vuestras manos me pongo». Extendió entonces su mano la Sagrada Virgen, y tomando del óleo que traían para este efecto aquellas sus criadas, ungió a Reginaldo de la manera que suele darse la extrema unción. Tan gran eficacia tuvo el contacto de aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura y tan convalecido de fuerzas corporales, como si nunca hubiese estado enfermo. Y lo que más es, que con aquella soberana merced se le hizo otra mayor, que fué librarle para siempre de toda tentación de la carne. Después de haberle ungió, la misma Señora le mostró el hábito blanco y escapulario que habían de vestir él y todos los Dominicos, diciéndole: «Este es el vestido de la Orden en que prometiste entrar». Y en el mismo punto desapareció, dejando al enfermo enteramente sano y contento. Todo esto lo estaba viendo Santo Domingo desde su convento, por cuyas oraciones lo hacía la Serenísima Virgen, y así, cuan apresurado se mostraba Reginaldo por entrar en la Orden, otro tanto y más estaba el Santo por recibirle; pues

la aparición de Nuestra Señora con el nuevo hábito se había repetido estando juntos el Santo y Reginaldo, más otro Religioso hospitalario, que solía contar esto muchas veces. Vistió, pues, Nuestro Padre al decano de Orleans aquél hábito blanco y capa negra que la Virgen había escogido, y con mucha presteza mandó quitar a todos sus frailes las sotanas y sobrepellices de canónigos regulares que usaban, y los vistió, sin dejar de ser canónigos, de hábitos y escapularios blancos con los mantos negros de lana, y pobres; y esto mismo, de acuerdo con el papa Honorio, mandó que hicieran las Religiosas de Prulla y las de San Sixto con todas cuantas en lo venidero entraran en la Orden. No hubo en esto diferencia alguna entre las Religiosas, fuesen legas o fuesen de coro, sino que todas vestirían escapulario blanco, sin más distintivo que el velo, negro para las de coro y blanco para las legas. Por esto en las Constituciones se dijo: «Ni el hermano converso llevará escapulario blanco, ni la hermana conversa velo negro». No llevaría blanco escapulario el hermano converso, porque era negra la capucha, la cual con el escapulario formaba una sola pieza, como vemos aún hoy en otras religiones. No corría esta razón para las hermanas de obediencia, porque cuanto les cubre la cabeza blanco es. Por esto en todo tiempo y lugar, aunque han pasado siete siglos, han vestido siempre de blanco las llamadas asimismo «Religiosas de velo blanco», y no de escapulario negro.

Acreditada y consolidada la Orden en Roma, vino a España nuestro Santo Patriarca a fundar conventos, confiando, como era muy justo, en la ayuda de su pariente el rey San Fernando y de su protegido el rey D. Jaime de Aragón. Fué esto por el año de 1218. Hacía quince años que había salido y andaba fuera de su patria, y aunque los santos pongan por encima de todas la patria del cielo, pecarían si más que ninguna otra de la tierra no amaran a la que les dió la sangre, el nombre, la vida natural. Las tradiciones de algunas ciudades y los monumentos de otras nos hacen saber que visitó a Barcelona, Lérida, Zaragoza, Guadalajara, Madrid, Segovia, Palencia (la querida ciudad de sus años juveniles), Burgos, Caleruega, Osma, Compostela, León, Zamora, Salamanca, Toledo, Pamplona, dejando fundados en algunas de ellas

conventos, que por la virtud de su presencia y bendiciones fueron semilleros de santos y academias de sabios. En Segovia, donde



Santo Domingo de Guzmán, disciplinándose en la Cueva de Segovia.

más se detuvo, se obraron maravillas que le colocan entre los más admirables santos del cristianismo. Había allí, y hay, una cueva digna desde entonces de que sus piedras del suelo y las

de sus paredes sean con amor, devoción y reverencia besadas por todos los fieles, y más por los españoles, y más todavía por todo el que llevando hábito blanco sienta una sola emoción de filial cariño. ¡Peñascos benditos, teñidos en la sangre más noble, más pura, más santa, que ha corrido por venas españolas! ¡Oscureidades sagradas de caverna, que tantas veces fueron convertidas en resplandores de cielo! ¡Silencio venerando de soledad, tantas noches quebrantado por los golpes de sangrienta disciplina y por los suspiros salidos del pecho más acongojado y más abrasado que podemos pensar! ¡Huerto de los Olivos, cárcel y Calvario de los más tremendos suplicios! Porque es sabido, lo dicen las historias, lo representan antiguos lienzos, lo ponderan mil almas devotas, entre ellas la gran Teresa de Jesús, que allí padeció, Nuestro Padre toda la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, no únicamente las llagas de manos, pies y costados, como muchos otros santos, sino las agonías del Olivete, la violenta prisión y conducción entre forajidos de tribunal en tribunal, bofetadas, salivas, escarnios, corona de espinas, azotes, cruz a cuestas, desnudez, crucifixión y muerte en el madero, todos los pasos, en fin, y tormentos de Jesús, por obra y odio, no de verdugos humanos, sino de los mismos demonios. Como concedió el Señor a Santa Catalina que no quedaran visibles sus llagas ante los ojos de los mortales, tampoco aparecían en el cuerpo del Santo estas sus llagas; pero refieren los historiadores Flaminio y Malvenda que alguna vez, mientras celebraba, le fueron vistas las del rostro y de las manss.

Sobre esta sángrienta pasión escribió un poeta antiguo:

PRÆTEREA DOMINO PENDENTI IN STIPITE VIVO
 COMPATIENS, LACRYMIS PALLIDA ET ORA RIGANS,
 HAC SUB RUPE CRUCIS TOTUS LIQUEFACTUS AMORE,
 STIGMATA PER TOTAM SENSIT ACERBA CUTEM.

No se dice que recibió las llagas solamente en pies, manos y costado, como se refiere de muchos otros santos, sino en todo su cuerpo, como las recibió Nuestro Señor de pies a cabeza, según había dicho el profeta: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas,*

Con sus tormentos mereció Jesús la redención del mundo, todas las gracias de santificación de millones de almas y las coronas de gloria para sí y para todos los elegidos. Con su pasión y muerte mereció Santo Domingo, a semejanza de Jesús, la santidad, la sabiduría, el apostolado incomparable, el celo y entereza inquebrantables, el amor insuperable a la Iglesia, de sus hijos y de sus hijas: la sabiduría de Santo Tomás, el soberano entre los príncipes del saber; la grandeza apostólica de San Jacinto y de San Vicente Ferrer; las brasas de amor de San Enrique Susón y de Santa Catalina de Sena; las divinas llagas de Santa Catalina de Ricis, y de más de cien otras estigmatizadas; y los ardores eucarísticos jamás vistos de la Santa niña Imelda; y las oleadas de océano de elocuencia del Venerable Granada; y las energías indomables de San Pío V; y todo ese conjunto de sagrada ciencia, de valor sin quebrantos, de celo por la verdad y la justicia, de desprecio a la muerte, prendas todas reunidas en los grandes inquisidores con que la Orden defendió, cual nadie, a la Iglesia de Cristo Nuestro Señor. ¡Cuánta maravilla obrada en aquella cueva bendita, fuente de los jardines dominicanos, pozo de aguas vivas que brotan impetuosas de las llagas abiertas en todo el cuerpo de Nuestro Padre Santo Domingo!

El año de 1219 volvió el Santo a Italia pasando por Prulla donde había dejado a sus primeras hijas, y por Tolosa, donde había fundado el primer convento de sus hijos. En Bolonia celebró el año de 1220 el primer Capítulo General de la Orden, en el cual se mandaron pocas, pero muy importantes cosas, cuales fueron el que la Orden no tuviese posesiones, que las Constituciones no obligaran a pecado, y que se celebrasen todos los años los Capítulos Generales, un año en Bolonia y otro en París. Después de esto, el humildísimo Santo rogó que le admitieran la renuncia de su cargo de Maestro General de la Orden; ruego que aquellos santísimos varones oyeron con lágrimas y desecharon con amor de hijos.

En 1221 se celebró el segundo Capítulo General, y en él, para mejor gobernar los conventos que en Europa se iban fundando, se resolvió dividir la Orden en ocho Provincias con sus propios

Provinciales, que fueron las Provincias de España, de Tolosa, de Francia, de Lombardía, de Roma, de Alemania, de Hungría y de Inglaterra, y fueron nombrados Provinciales, Fr. Suero Gómez, de España; Fr. Bertrán de Garriga, de Tolosa; Fr. Mateo, de Francia; Fr. Jordán, de Lombardía; Fr. Juan, de Roma; Fr. Conrado, de Alemania; Fr. Pablo, de Hungría; y Fr. Gilberto, de Inglaterra.

Los milagros que el Santo obraba dentro y fuera de los conventos eran cada día más frecuentes, ya haciendo bajar ángeles que servían la comida a los Religiosos, ya atrayendo a la Orden con sus oraciones a los más granados y celebrados sabios, ya multiplicando los panes y el vino, ya curando a enfermos incurables. A la vez que menudeaban los milagros, se daba aún más a la predicación, como quien, viendo su fin próximo, se apresuraba a terminar su obra apostólica.

Por el mes de julio de dicho año 1221, orando el Santo en la iglesia de Bolonia, un ángel baja del cielo y sonriente le dice: «Ven, amigo querido, a los gozos eternos». Con voz entrecortada por el amor y el gozo da gracias al Señor y a su mensajero, y se prepara para ir pronto al banquete a que es convidado. Fué a Venecia a despedirse de su amigo y protector el cardenal Ugolino (que muy pronto le había de canonizar), y en el viaje, hecho a pie según costumbre, fué parándose en los pueblos y llamando por última vez a las almas al reino de Dios. Jamás sus conocidos le habían oído predicar con tan ardiente fervor. Parecía salirsele el alma por los labios, y sus palabras eran flechas que punzaban y abrasaban. Veíase a las puertas del cielo y como queriendo llevar consigo a las almas todas. Tales esfuerzos apostólicos, los calores del estío en los caminos, y más que aquellos calores de afuera los ardores de su amor encendido con la promesa de la próxima gloria, produjéronle en el cuerpo un desmayo y una fiebre que fué para todos pronóstico de su cercana muerte.

Habiendo vuelto a Bolonia muy cansado, se puso aquella noche a tratar con el Prior, que era Fr. Ventura de Verona, y con el procurador Fr. Rodolfo de Faenza, de las cosas de la Orden y de lo que habían de hacer cuándo él muriese. Y siendo ya cerca de media noche, diciéndole ellos que se fuera a reposar, como tan

fatigado que estaba del viaje y de los calores caniculares, no quiso sino ir a Maitines y proseguir la oración, según era su costumbre, hasta Prima, en que, dándole un grandísimo dolor de cabeza, con calentura muy alta, se fué a echar sobre un jergoncillo de paja. Creció la enfermedad con gran flujo de sangre y muy fuertes dolores, y con todo eso reía y se alegraba de ver se le llegaba la hora tan deseada de abrazar a Dios.

Resolvieron los médicos hacerle mudar de aires, por ver si podían atenuar la gravedad del mal, y bien que el Santo estaba seguro de que no se aliviaría, porque era llegada su hora, obedeció a los médicos y así le llevaron a una ermita llamada de Nuestra Señora del Campo, lugar muy fresco, distante una milla de la ciudad. Mas como el mal fuese empeorando y el capellán de la ermita se dejase decir que si allí moría el Santo no permitiría que le sacaran de su iglesia, llamó al Prior, que fué luego con otros Padres, a los cuales hizo un tal razonamiento, que todos prorrumpieron en llanto. Preguntándole uno de ellos dónde quería ser enterrado, con acento de autoridad y suma humildad, respondió: «A los pies de mis hermanos»; y mandó que inmediatamente le llevaran al convento. Le acomodaron lo mejor que pudieron en una silla, temiendo no se les muriese por el camino, y así lo trasladaron al convento. Y porque jamás había tenido celda propia, pues pasaba las noches en la iglesia y los días predicando, se hizo poner en la del célebre Padre Moneta, santo y sabio de los mayores de aquel tiempo. Creciendo el mal por momentos, hizo llamar a los novicios y los exhortó al agradecimiento al Señor por haberlos traído a la religión, y a la fidelidad en corresponder con la perfecta observancia a tan inestimable beneficio. «Si queréis, les dijo, ser respetados y bien queridos en los pueblos, sed amantes de la pobreza; y si deseáis que vuestras palabras penetren en los corazones, si queréis ser verdaderos predicadores, guardad vuestra alma de toda impureza. Orad, estudiad, amaos, predicad por todas partes el reino de Dios». Llamó después al Padre Prior y, en presencia suya y de doce Padres los más graves, entre ellos el Beato Juan de Salerno, que de Florencia había corrido por asistir al amadísimo enfermo, hizo en voz alta confesión general

de toda su vida, que si para él fué acto de gran humildad, por creer ofensas de Dios lo que más bien eran méritos, para los Padres fué una manifestación de los tesoros de virtudes y gracias que en toda su vida había acumulado. Todos quedaron asombrados, consolados y edificados al ver que en los cincuenta y un años de su vida no había perdido la inocencia bautismal. Una cosa dijo que, por evitar no recta interpretación, se encargó más tarde que no se consignase en su vida, y fué el manifestar que, a pesar de no haber empañado en lo más mínimo su virginidad de cuerpo y de alma, le había agradado más hablar con cierta clase de personas que con otras. ¿Por qué? Por aquello que dicen los filósofos, que el semejante busca al semejante: el virgen prefiere a las vírgenes; la paloma a las palomas y no a los buhos. Encareció, sin embargo, el purísimo santo a sus novicios que para mantener pura la mente y también la reputación, huyeran de la familiaridad con las mismas personas de vida limpia.

Como hizo aquella ejemplarísima manifestación de que conservaba su virginidad sin mancha, creyó luego que podría esto tener viso de vanidad, y llamando aparte al Venerable Moneta, se acusó de esta supuesta falta. Dió orden de que le llevasen el santo viático y se preparasen para hacer la recomendación del alma. Se pusieron los Religiosos de rodillas, queriendo empezar los salmos y letanías. El Santo les dijo que esperasen un poco, y les empezó a hablar lo mismo que Jesús la noche de la Cena a sus discípulos: «Amáos, amáos los unos a los otros. Este testamento y esta herencia os dejo con la bendición de Dios y la mía. Sed humildes, sed pobres, sed castos». Se acercó llorando el P. Ventura a él, y le dijo: «Padre mío, mirad cuáles nos dejáis a todos, cuán desconsolados y huérfanos. Acordáos de nosotros cuando estéis en la gloria de Dios». Alzó entonces el Santo moribundo los ojos al cielo, y juntas entrambas manos dijo: «Señor mío, Vos sabéis cuán de buen grado os he procurado servir cuanto podían mis pocas fuerzas. Con las mismas he entendido en enseñar y guardar a vuestros hijos y míos. Ahora, Padre mío misericordiosísimo, en vuestras santas manos los dejo. No tengo a quien encomendarlos sino a Vos, que como su Padre y Señor los

miréis, defendáis y conservéis». Y volviéndose luego a los Religiosos, que lloraban oyendo y viendo morir a su Padre, les dijo: «Tengo esperanzas en el Señor que después de muerto os he de ser más provechoso que vivo. No puedo olvidaros; dentro de mi alma os llevo. Allá os ayudaré más que acá». En esto las congojas de la muerte le iban apretando tanto, que su rostro se cubrió de un sudor frio, y Fr. Rodulfo se llegó a la cabecera de la cama con una tohalla a limpiarlo, teniéndole con las manos la cabeza hasta



Muerte de Ntro. P. Santo Domingo (B. Angélico)

que expiró. Pero no fueron parte las ansias que tenía para perturbarle el juicio, y así mandó a los Religiosos que empezasen la recomendación del alma. No se puede encarecer la devoción, el sentimiento, las lágrimas, con que todos aquellos santos hijos comenzaron a recomendar el alma de su santísimo Padre que delante de sus ojos moría. Cuando decían aquella devotísima oración: «Socorred, santos de Dios, salid al camino, ángeles bienaventurados, recibid su alma y presentadla en el acatamiento del Altísimo», en acabando de decir estas palabras salió aquella bienaventurada alma de su cuerpo, y los santos ángeles cumplieron su oficio de llevarla acompañada a los brazos del Señor. Un santo de la Orden de los Menores le vió sobre Angeles y Arcángeles, sobre Tronos y Do-

que expiró. Pero no fueron parte las ansias que tenía para perturbarle el juicio, y así mandó a los Religiosos que empezasen la recomendación del alma.

minaciones, en el coro mismo de los Serafines (1). Un Bienaventurado pintor, de quien dicen que pintaba lo que veía en el cielo, en un célebre cuadro de la resurrección de los muertos y gloria de los santos, le colocó el primero después de los Santos Apóstoles, primicias de Jesucristo y del Espíritu Santo (2). Otra santa alma, muy celebrada en España, afirma que es nuestro Padre en el palacio del Rey de la gloria lo que los Grandes de España, Caballeros de la Llave de Oro, en el Palacio de nuestros reyes (3).

Los Religiosos se deshacían en sollozos ante el cuerpo exánime de su Padre queridísimo, y arrojándose a sus pies los descubrían y una y cien veces los besaban. Besaban aquellas manos santas; besaban sus vestidos; todo para ellos era santo. Llegó Fr. Rodulfo al venerado cuerpo y le quitó la cadena de hierro que a las carnes estaba ceñida y en ellas hincada, la cual después mandó el Bienaventurado Jordán que se guardara, y siglos más tarde fué a parar al convento de Lima en el Perú, donde con mucha reverencia se conserva. Murió el Santísimo Padre Domingo un viernes, a las doce del día, el seis de agosto del año 1221, a la edad de cincuenta y un años.

Era de su natural disposición mediano de cuerpo, pero muy hermoso, rostro largo, la barba algo roja y también el cabello; el color del rostro muy blanco; pocas canas, algunas más en la cabeza que en la barba. La voz en el púlpito muy alta y de buen metal, sin pesadumbre de los oyentes; delgado de complexión, y con las penitencias más acabado de lo que sus años pedían. De los ojos y frente le salían como rayos de luz que le hacían respetar de los que le oían y trataban. Tendido en el suelo después de muerto, como otro bienaventurado San Martín, daba muestras, en la hermosura exterior, de la gloria que en aquel punto tenía su alma.

En la misma hora quiso Dios descubrir a algunos siervos suyos el estado glorioso en que se hallaba, para aliviar con esto la pena en que quedaban sus hijos huérfanos. Entre ellos, el Prior de Brescia, que después fué obispo de aquella ciudad, llamado

(1) El B. Nicolás Factor, en la muerte de San Luis Bertrán (*Véanse Antist y Diago*).

(2) El B. Angélico.

(3) La Venerable doña Marina de Escobar (en su *Vica*).

Fr. Guala, al tiempo que el bienaventurado Padre partía de muerte a vida, estando en su convento en oración, vió una gran abertura que se hacía en el cielo, de la cual colgaban dos grandes escalas que llegaban a la tierra. La una escala la tenía Jesucristo Nuestro Señor y la otra su Sacratísima Madre, y por entrambas subían y bajaban muchos ángeles hasta llegar al pie de ellas, donde estaba sentada en una silla cierta persona que en el hábito era fraile de su Orden, cubierto el rostro a la manera de difunto amortajado. Y poco a poco, tirando de las escalas el Salvador del mundo y la sagrada Virgen, levantaron el trono del recién muerto que en ellas estaba asido, y los ángeles subían juntamente cantando y alabando a Dios con grande suavidad y melodía. Sin otro discurso ni detenimiento se persuadió Fr. Guala que su Padre Santo Domingo había fallecido y que los ángeles le subían al cielo; y así partió luego para Bolonia, y halló que aquel mismo punto y hora en que él había visto la visión era la hora de la bienaventurada muerte del Santo. Este Fr. Guala, que fué obispo de Brescia, Inquisidor General y Legado del Papa Gregorio Nono, ha sido elevado a los altares por Pío IX.

Cuando llevado el santo cuerpo a la iglesia le estaban cantando el oficio de sepultura, llegó al convento el Prior del monasterio de Santa Catalina de Bolonia, gran amigo del Santo, que al saber su muerte venía con gran sentimiento y pena, como hombre que le amaba mucho y sentía qué cosa era faltar de la tierra un santo, porque él también lo era, y llamábase Fr. Alberto. Adelantándose hacia el difunto, con mucha devoción y lágrimas se echó de pechos sobre las andas, hincadas las rodillas en el suelo, y comenzó a besar muchas veces las manos y los pies a su santo amigo; y estando así, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: «Este año nos veremos juntos: vendrás tras mí a gozar de Cristo». De lo cual quedó tan regalado y contento, que se fué con los brazos abiertos al Prior diciendo: «Buenas nuevas, P. Prior; que el Maestro Fr. Domingo me ha abrazado y me ha dicho que moriré este año y me tengo de ver con él». Y así fué.

Hubieran querido los Religiosos darle al Santo sepultura en silencio, por evitar (dicen) que el pueblo se lo arrebatase para

honrarlo cuanto su devoción les inspiraba; pero quiso el Señor que su gran Siervo, que durante su vida se había sacrificado porque sólo Dios, fuese glorificado, recibiera después de muerto los honores que tenía tan merecidos. Al efecto ordenó su santa Providencia que a la hora de la muerte del Santo llegase a Bolo-
nia el cardenal Ugolino, Legado del Papa, gran amigo del difun-
to Padre, que venía de Venecia, y con él el patriarca de Aquileya
y algunos más prelados, arzobispos, obispos, abades y mucha
gente eclesiástica que los acompañaba. El cual Cardenal, sabida
su muerte, no consintió que le enterrasen sin hallarse presentes
al oficio él y todos aquellos prelados. Celebró el mismo Cardenal
la misa cantada y por sus propias manos le puso en la sepultura
que abrieron los Religiosos en el suelo de la iglesia, como el
Santo lo había querido. Concurrió toda la ciudad a las exequias,
las cuales se celebraron con grandísima devoción y ternura. Cu-
brieron la sepultura de tierra, haciendo primero por dentro, a
manera de bóveda, una fortificación de piedra y cal, y cerráronla
con una buena losa; recatándose el procurador Fr. Rodulfo y otros
Religiosos no les hurtasen de noche el cuerpo de tan buen Padre
los muchos devotos que tenía en la ciudad.

Dios, que no quería que aquel tesoro estuviese encubierto,
movió los corazones de los fieles a visitar el sepulcro e invocar al
tan venerado y amado Santo, premiándoles esta devoción con
divinos favores. Al principio del invierno se sintió en la iglesia
un olor tan sumamente suave y extraordinario, que no podía du-
darse fuera del cielo, comunicado a aquel sagrado cuerpo. Como
a diario se oían contar curaciones de ciegos, paralíticos, endemo-
niados, que visitaban o prometían visitar su sepulcro. Llevaban
paños de oro y seda para cubrirlo, velas, exvotos, ya en súplica,
ya en acción de gracias por favores recibidos. Resistíanse a esto
los Religiosos, porque no se creyera que buscaban ganancia en
tales ofrendas, y mostrábase el Señor cada día más perseverante
en obrar prodigios con que creciera la devoción y concurrencia
de los fieles. Así por el tiempo de casi doce años estuvieron en
pugna por una parte los frailes y por otra Dios y los devotos de
Bolonia, los primeros en ocultar y los otros en publicar las gracias

de santidad y de protección del Santo, hasta que el nombrado Ugolino, elegido papa con el nombre de Gregorio IX, sabedor de la timidez de los Religiosos, considerada como ingratitud, irreverencia y hasta desacato, después de reprenderlos, dispuso que aquellos sagrados restos fuesen trasladados del sitio donde eran a diario pisados, a un sepulcro más conforme a la grandeza del eximio apóstol y preclarísimo fundador. Era su deseo asistir en persona, como había asistido a su entierro, a esta traslación y con sus propias manos extraer aquellos venerandos restos de la pobrísima caja para colocarlos en lugar no tan indigno de su santísimo amigo; pero no pudiendo ir en persona, escribió al arzobispo de Ravena que con sus obispos sufragáneos se hallase presente en el desenterramiento.

Estaba a la sazón en Bolonia Fr. Juan de Vicenza, oráculo de Italia, sapientísimo, santísimo, resucitador de docenas de muertos, y por tanto venerado y seguido de todas las gentes. Como este Religioso deseaba mucho la honra de su Padre y estaba con mucho cuidado entre si mismo, pensando si Dios nuestro Señor haría alguna maravilla en crédito suyo, puesto en oración y fijo en esta idea, aparecióle uno que le dijo estas palabras de un Salmo: «Éste recibirá la bendición del Señor y la misericordia de Dios su Salvador». Con esto quedó consolado y seguro de la honra de su Padre y de toda su Religión, cuando fueran descubiertos sus restos (1).

Llegada la Pascua del Espíritu Santo, año de 1233, siendo General de la Orden el bienaventurado Jordán de Sajonia, se juntaron los Padres a Capítulo General en el convento de Bolonia. Trescientos y más eran los Religiosos congregados con tal motivo (prueba de la asombrosa multiplicación y dilatación de la Orden en los diecisiete años que contaba de existencia canónica). La ocasión era la más oportuna y solemne para glorificar al Señor y honrar al Santo en la traslación de su cuerpo. Llamando, pues, a todos los prelados que el Papa quería que le representasen, se juntaron el arzobispo de Ravena con otros cuatro obispos y varios abades, el Gobernador, Magistrados y Caballeros de Bolonia con otra mucha gente de la ciudad y contornos.

(1) Algunos atribuyen esto al Beato Nicolás Palea, discípulo del santo Patriarca.

En presencia de todos, Fr. Esteban, español, Provincial de aquella Provincia, y Fr. Rodulfo, Procurador del convento, con barras de hierro hicieron levantar la losa que cubría la sepultura, y con picos rompieron la argamasa y paredes de piedra que se habían hecho para guardar el ataúd. Y comenzó Dios a mostrar la bendición que tenía echada a su siervo en la vida y la gloria que poseía después de muerto. Porque súbitamente, aun antes que la caja de madera se abriese (que estaba clavada) salió un olor suavísimo y maravillosísimo, bien desemejante de todos los de la tierra, con tan extremada fragancia, que daba vida y nuevo regalo y consuelo al alma y al cuerpo de todos los que allí estaban. Los cuales, hincadas las rodillas en el suelo, alababan y bendecían al Señor, que tan maravillosamente glorifica sus santos. Iba creciendo el olor mientras más iban descubriendo la caja, y más todavía creció cuando, destapada, aparecieron los santos huesos. Sacáronlos con mucha veneración el Beato Jordán, Maestro General de la Orden, y el Provincial de aquella Provincia, y los pusieron en otra caja mejor labrada y aderezada. Quedaba el olor en la caja, en la ropa, en las manos, en la boca de todos los que tocaban o besaban las santas reliquias, de manera que por muchos días no pudo quitarse. Pasada una semana, volvieron aquellos preladados y caballeros y mucha gente de la comarca a hacer solemne oficio y procesión; y teniendo el Beato Jordán la santa cabeza en sus manos, llegaron todos a besarla y reverenciarla, como a tal Santo se debía, y tras ellos llegaron por orden los trescientos y más frailes de los que estaban en el Capítulo a hacer lo mismo, con muchas lágrimas de devoción por lo que veían que obraba Dios para gloria de su buen padre y fundador Santo Domingo.

Un hecho refiere el Cantipratano (libro 2.^o de *Apibus*) que merece ser aquí señalado y para siempre recordado. Hallábase, como queda dicho, en Bolonia el célebre por su predicación y prodigios Fr. Juan de Vicenza, y estaba, como todos los demás preladados y Religiosos, alrededor de la caja de las reliquias, y queriendo dar mejor lugar a un obispo por nombre Guillermo, que después fué cardenal, se puso a la parte donde estaban los pies del Santo para que aquel prelado se pusiera donde estaba la

cabeza; mas en un instante se vió vuelto el cuerpo con la cabeza hacia aquel gran santo y fiel imitador de su apostólico Padre, y los pies hacia el obispo; y bien que de nuevo el humilde Religioso hizo pasar al obispo a la parte de la cabeza, poniéndose él a los pies de su santísimo Padre, con admiración de todos volvió el cuerpo los pies hacia el obispo y la cabeza hacía el varón apostólico; por ventura porque en aquel primer día que recibía honores de la militante Iglesia; quería declarar que la corona más preciosa que tenía en la tierra era sus hijos santos y tales como el bienaventurado Fr. Juan; o bien nos quiso dar a entender cuánto más se goza con un hijo que es verdadero fraile Predicador, que con los personajes del siglo, sean ellos obispos, cuya vida no es la del pregonero del Evangelio.

Terminada la ceremonia de besar el clero, las autoridades, la nobleza, los Religiosos y muchedumbre innumerable de gente de la ciudad y de los pueblos lejanos, los sagrados restos del gloriosísimo y amadísimo Patriarca, fueron colocados en sepulcro de mármol, de donde siglos después fueron trasladados a otro sepulcro también de mármol, uno de los más ricos y majestuosos sepulcros conocidos en el mundo, como que en él trabajaron los mejores escultores de que hay memoria, y a su magnificencia contribuyeron los espléndidos monarcas españoles.

Estando presentes a este acto cientos de Religiosos de tan diversas naciones, era de suponer que quisieran llevar consigo algunas reliquias de su santo Padre. Dios lo disponía así para darlo a conocer y amar en todas las regiones por medio de los muchos y grandes milagros que obraría. El historiador Flaminio cuenta seis muertos resucitados en Hungría, otro en Áscoli, otro en Provenza, otro en Alba Real y otro en Panonia. Otros portentos singularísimos los cuentan el P. General Munio de Zamora y el muy grave Maluenda. Por su número y calidad llegaron los pueblos a llamar al Santo el «taumaturgo de su siglo». El papa Gregorio IX, que le había tratado y admirado en vida y decía que no dudaba de su santidad más que de San Pedro y San Pablo, queriendo reparar el desacato con que durante doce años le habían tenido los Religiosos en aquel pobre sepulcro encharcado y

privado de los obsequios de los fieles, mandó que en todas partes donde había estado en España, Francia e Italia, se hicieran las canónicas informaciones ordenadas a su pronta canonización, lo mismo en lo referente a sus grandes virtudes que a los milagros obrados en vida y muerte. Pronto se terminaron los procesos, porque eran muy notorias sus virtudes y maravillas y muchos los testigos que las habían presenciado, y así el día trece de julio del año mil doscientos treinta y cuatro, con grande solemnidad y regocijo de la Corte Romana y del pueblo cristiano, el nombrado Sumo Pontífice le decretó los honores de santo canonizado, señalando para su fiesta el día cinco de agosto, que después fué cambiado por el día cuatro, por no privar de su fiesta a la Virgen de las Nieves.

Volvamos ahora la vista atrás para ponderar la alteza de su misión y las virtudes con que supo revestirla. La alteza de su misión nos la declara el mismo Padre Celestial, quien hablando con Santa Catalina de Sena dijo: «Dos hijos tengo, el uno engendrado en mi mente, que es el Verbo encarnado, y el otro engendrado en mi corazón, que es Domingo de Guzmán». Asombrada la Santa de una tan elevada comparación, que en cierto modo igualaba a un Santo con el mismo Jesucristo, el Padre de los Cielos que había pronunciado tan sorprendentes palabras, las explicó así: «Mi Hijo, engendrado por naturaleza desde la eternidad, cuando vistió la naturaleza humana me fué en todo obediente hasta la muerte. Domingo, hijo de mi corazón, desde que nació hasta que murió cumplió en todas las cosas mi voluntad. Jamás traspasó ni uno solo de mis mandatos, ni manchó la pureza de su alma y de su cuerpo, ni perdió la gracia del bautismo.—Mi Hijo por naturaleza, el Verbo eterno que sale de mi boca, predicó públicamente lo que yo le había mandado. Domingo, hijo de mi corazón, predicó también al mundo la verdad de mi palabra; habló a herejes y a católicos, por sí y por medio de sus hijos, y su predicación continúa; predica hoy y predicará siempre.—Mi Hijo por naturaleza envió sus apóstoles. El hijo de mi corazón envió sus Religiosos Predicadores.—Mi Hijo por naturaleza es mi Verbo. El hijo de mi corazón es el heraldo de mi Verbo. Por eso a él y a

sus Religiosos les he dado particularmente la inteligencia de mis palabras y la fidelidad en seguirlas.—Mi hijo por naturaleza ordenó su doctrina y ejemplos al bien de las almas. Domingo, mi hijo adoptivo, empleó toda su vida en librar las almas del error y del vicio. La salvación del prójimo fué su voluntad al fundar y propagar su Orden. Por esto le he comparado a mi Hijo por naturaleza, cuya vida imitó. Mira: hasta su mismo cuerpo es semejante al cuerpo sagrado de mi divino Hijo» (*Vida de Santa Catalina*, por el Beato Raimundo de Capua; Segunda Parte, cap. VI).

Cuando Nuestro Señor se presentó a la Venerable Doña Marina de Escobar, trayendo de la mano a un niño, como de dos años, santo y hermosísimo, vestido de unos habiticos muy blancos, como la nieve, y muy hermosos, le dijo a la Sierva de Dios: «Este niño que me ves tener aquí de la mano, es Domingo de Guzmán, cuando era niño de esta edad, para que conozcas la grande santidad y pureza suya y la mucha razón que yo tuve de amarle y quererle y guardarle».

Otra vez, no Nuestro Señor, sino la Sma. Virgen se presentó a la misma Venerable con el mismo niño, diciendo: —«Mira, mira qué niño tan lindo y santo;—componíale las joyas que traía al cuello y pasábale su santa mano por la cabeza, acariciándole el rostro y jugando con tan hermoso cabello. A todo esto la Virgen Santísima estaba sentada y el niño en pie, y volviendo los brazos a él quiso tomarlo en su regazo; mas el niño, humillándose con mucha reverencia, no lo consintió. Y dijo la Virgen que, porque ella quería mucho a este glorioso santo en su niñez, le había guardado con particular cuidado» (*Vida de la Venerable Doña Marina*, lib. I, cap. XXII).

A esta señora se le aparecía varias veces Nuestro Padre, ya solo, ya rodeado de otros muchos santos; traía collar de oro y manto real y le reverenciaban los demás santos; y fué dicho a la Sierva de Dios que era el Santo en el palacio de la gloria lo que los Grandes de España, que llevan *Llave dorada*, en el palacio del rey.

El principio, el medio y el fin, todo en él fué correlativo; antes que al común de los hombres y de los santos lo eligió y santificó el Señor para que primero en su iglesia y después en el

cielo fuera singularísimo imitador de Cristo y nobilísimo entre los nobles de la gloria, entre los príncipes del reino divino.

Ahora se ve el significado y el cumplimiento de los pronósticos de su infancia: la estrella en la frente, el panal de miel, la antorcha, el globo.

Fué ángel en la pureza, querubín en sabiduría, serafín en el amor, patriarca, profeta, apóstol, doctor.

Otros santos empiezan por la tibieza o por el pecado, pasan por la conversión y llegan a la santidad. Él, Domingo de Guzmán, empezó siendo santo, creció sin tregua de virtud en virtud y acabó como el sol entre hermosos arreboles.

Otros son alabados porque, como San Pedro que había dejado la barca y las redes, hacen renuncia de posibles bienes por seguir pobres a Jesús pobre. Él deja palacios, y coronas condales, y esplendores de corte, y homenajes de nobleza, y descalzo muy a menudo, con vestido bien pobre y raído, sin cama donde descansar, mendiga, como el más desvalido de los hombres, el pan que sostenga su vida.

Si otros, privilegiados de Dios, fueron distinguidos con los estigmas de Nuestro Señor Jesucristo, él, más semejante que ellos al mismo Jesucristo, recibió, no las cinco llagas, sino todas las llagas y la muerte en cruz que el Salvador sufrió por redimirnos.

Como Jesús pernoctaba en la oración de Dios, según palabra del Evangelio, pasaba él las noches macerándose y orando hasta el amanecer.

Tres veces cada noche despedazaba su cuerpo con férrea disciplina, por sus pecados (que no tenía), por la conversión de los pecadores y por las benditas almas del purgatorio. Cuando a causa de la mucha sangre derramada desfallecían sus fuerzas y no podía golpearse con violencia, llamaba a un Religioso lego y le mandaba que fuertemente le disciplinase.

Como Jesús vino a este mundo a dar testimonio de la verdad, aunque le costase la vida, según dijo ante Pilatos, así él no buscó en sus predicaciones y enseñanzas sino defender la verdad divina aún a costa de la propia vida, y esto mismo dejó en herencia a sus hijos, mereciendo que la palabra *Verdad* fuera el lema

de su conducta. No por otra razón, siendo tantos y tan osados y poderosos los herejes en Europa a la muerte del Santo Patriarca,



La glorificación de Santo Domingo de Guzmán.—(B. Angélico)

nombró Gregorio IX inquisidores a nuestros Religiosos, sabiendo que estaban prontos a morir por la fe, cuales fueron Fr. Guido de Sexto en la Lombardía, Fr. Conrado en Alemania, Fr. Lamberto en Francia; y después Fr. Pedro de Verona, Fr. Guala, Fr. Guillermo de Arnaldo, Fr. Bernardo de Rochefort, Fr. García de Aura;

todos ellos, menos Fr. Guido, Fr. Lamberto y Fr. Guala, martirizados por los herejes.

Como Jesús, que a la defensa de la verdad juntaba tierna compasión de los pecadores, sentía el Santo tanta piedad y misericordia a vista de herejes y otras almas en pecado, que predicándoles prorrumplía en lágrimas y palabras tan tiernas, tan ardientes, tan compasivas, que hacía a los demás llorar.

Era un Bernardo si hablaba del amor divino; un Crisóstomo si ponderaba la hermosura de la virtud; un San Pablo en la explicación de los misterios y lugares de la Sagrada Escritura.

Con Jesús en el Tabor hablan de la futura Pasión Moisés y Elías; con el Santo hablan los apóstoles San Pedro y San Pablo; el primero le entrega un báculo, el segundo el libro de sus Epístolas, y ambos le dicen: «Anda y predica; para esto te ha escogido Dios».

Jesús nombró a su Madre, madre del género humano; el Santo, cual nadie ni antes ni después de él, la hizo madre afectiva de millones de almas, uniéndolas a su corazón con la cadena del santo Rosario.

En la devoción a Jesús sacramentado ¿quién hallará adorador nocturno que, como él, un día y otro día, un año y otro año, sin intermitencias, haya pasado las horas ante el sagrario desde el crepúsculo hasta la aurora orando en variadas y expresivas posturas, ya de rodillas, ya en pie, con los brazos en cruz, o bien juntas las manos en flecha sobre la cabeza, ya postrado todo el cuerpo con el pecho pegado a la tierra, exhalando gemidos?

Bien hace la Iglesia en el día de su fiesta en llamarle «Varón de pecho apostólico, Sostén de la fe, Clarín del Evangelio, Antorcha de Cristo, Segundo Precursor, Salvador grande de las almas, a quien adornan en el cielo tantas coronas cuantas fueron sus virtudes y son las almas que a la vida eterna llevó, lleva y llevará».

Domingo es su nombre, que quiere decir *hombre del Señor*, hecho a imagen y semejanza de Jesucristo, que por los siglos sea bendito. Amén.